

Me gustan más cuando llegan y ni siquiera me piden que me quite la ropa. Se ponen mejor a hablarme de su vida. En eso se gastan la media hora, y se pegan unas desahogadas que hasta lloran. Tengo clientes que edo me buscan para eso, para que los consuele. Me hablan de su trabajo cuando están muy estresados, o de sus problemas con la familia. Hasta me muestran fotos de los hijos y las esposas. Dicen que las quieren mucho pero que no se entienden con ellas, y cosas así. Claro que tampoco es que me gusten las mujeres. Pero ya ve: las tres o cuatro veces que por mi trabajo me ha tocado acostarme con mujeres, les he sacado hasta más gusto que a los hombres.

Es por todo eso que no ve la hora de dejar el oficio. Dice que todo centavo que le sobra lo está ahorrando para comprarse el equipo necesario para montar un salón de belleza. Claro que eso no lo sabe Tananqué, ni le importa. A él lo único que le interesa es que algún día termine de pagarle el par de zapatos y el juego de ropa interior que le soltó hace un año.

Octubre de 1996

La nostalgia de Lovaina.

En el principio, y durante mucho tiempo, Lovaina fue la más lograda versión criolla de los salones mundanos del París bohemio. Fue un lugar fascinante de noches completas, tibio nido de matrimonios ilustrados y de las putas más talentosas, elegantes y caras de la ciudad; y, por lo mismo, puerto forzoso de los visitantes y personalidades de aquel Medellín antiño intolerante.

Luego, con el paso de los años y el cambio de los tiempos, Lovaina transformó su decorado y pasó a ser vitrina de luces rojas y amarillas, donde a los bohemios de las nuevas generaciones se ofrecía en las navices el bikini y la "veta volada". Aquello ocurrió precisamente por la época en que la liberación femenina, la pñidora y la apertura de moteles despojaron la moral de su viejo coñsé y el amor tomó nuevas formas y empezó a visitar otros ámbitos. Ésas fueron las primeras heridas que recibió Lovaina. Más tarde la delincuencia desahorada, el bazuce y el hollín de la decadencia lumpesca harían el resto: le darían el golpe de gracia.

Hoy Lovaina es un fogón apagado, un laberinto sórdido de casas de inquilinato devenecidas por denturo y por fuera, el lugar donde creció y aprendió a matar el muchacho que disparó contra el ministro Rodrigo Lara Bonilla. En el día es lavadero de taxis, y en la noche merendadero

de carnes, fumadero público de bazuco y pasarela de un inaudito enjambre de travestis que, forrados en largas de mujer como solas nocturnas de una baraja gastada, exhiben en la calle sus equívocos atributos.

De esa Lovaina legendaria hoy no queda sino su fama clausurada, la nostalgia de varias generaciones de varones pausados, y unas cuantas matronas esperando la muerte en sus cuchitriles de retiro; brasas extintas del que fuera en la historia de Colombia el más famoso sitio de perdición. Hoy lo único que se pierde allí es el tiempo.

La bella época

A principios de los años cuarenta llegó de visita a Medellín Enrique Santos Montejo —Calibán—, el más respetado periodista de esa época; época en la que no era usual que los señores departieran e hicieran fiestas en sus residencias, porque en éstas sólo se admitía vino de consagrar con galleticas. Por tal razón los amigos de Calibán, en su atención, lo invitaron a una noche de jolgorio en una casa de Lovaina famosa por los encantos y las artes de su dueña, Ligia Sierra. Oyéndola cantar, bordonar la guitarra, taconear el tablaó y recitar versos de Maya y Neruda, a Calibán se le pasaron los minutos como el agua entre los dedos. Quedó gratamente impresionado por el donaire y la cultura de la hermosa mujer, cuyo verdadero oficio no le revelaron sus amigos y él tampoco advirtió, pues era su primer viaje a Medellín.

Días después de su regreso a Bogotá, Calibán le hizo a Ligia Sierra un homenaje público en su columna "La

danza de las horas", del diario *El Tiempo*. En ella se explotó en elogios a las excelencias de esa egregia dama, a su inteligencia, a su talento, e incluso la erigió en emblema de la mujer antioqueña. Cuando le hicieron caer en la cuenta de que en realidad Ligia no era ningún emblema de nada, sino una aventajada matrona de una de casa pecado, ya era demasiado tarde. Su nombre ya estaba dignificado en las letras de molde de la columna más leída y reputada de la prensa colombiana.

Así era Lovaina, así eran sus mujeres. Eran los días de Ana Molina, María Duque, la *negra* Marcia Uribe, a cuya casa llegaba la flor y nata de la aristocracia paisa; de Aura Uribe y su tertulia en francés; del "Colegio" de Eva Arango, que se daba el lujo de ofrecer putas curtidás vestidas de colegialas. Eran los tiempos del baile de fox, el bolero, el tango y la rumba cubana en la casa de Aura Uribe, una mujer tan bella y distinguida que el artista Jorge Obando le hizo una fotografía vestida de La Dolorosa, y a sus cumpleaños los hombres iban de esmoquin y las mujeres de traje largo. También estaba la casa de Lola La Polla, consagrada danzarina de españolerías que encendió pasiones en Lovaina, cuyo sepelio en el cementerio de San Pedro nada tuvo que envidiarle al de los ricos. Como no recordar a la genial Marta Pineda *La Pinita*, en cuya casa cierta vez tuvo lugar una importante reunión política en la que se sentaron las bases del futuro Frente Nacional. Y cómo dejar por fuera del tinero a *La Lota* Ester, La Matolote, La Manchada, La Cocuya, La Pipí, que fue la primera que en Colombia grabó música de carrillera... y a tantas otras que andan por ahí en la memoria de los señores.

Era una época en que en Lovaina se podía con dignidad y sin malicia. Sus mujeres ostentaban pudorosos escotes y recatadas minifaldas, cuando no estaban forradas con largas batas de raso de colores. Muchas procedían de buena familia y habían caído allí por un fracaso amoroso o un embarazo ilícito. Otras habían sido maestras, algunas duchas bailarinas y recitadoras para quienes no eran desconocidos los versos de los poetas de la época, y eran capaces de amañar con su conversación a cualquier hombre.

Eran damas respetuosas y abnegadas, que cuidaban y amaban a sus hombres hasta la fidelidad. Por eso no era raro que se casaran con sus amantes, y se dio incluso el caso de una que, desconsolada, se fue de monja cuando se dio cuenta que su hombre padecía una mortal leucemia.

Eran mujeres honradas que le guardaban la plata al borracho y se la entregaban al otro día, encimándole un caldito de pollo con albóndigas para la resaca; mujeres generosas que a precio de saldo, o gratis, o por pura vocación de servicio, inducían en el azaroso arte de la cama a los adolescentes y universitarios que iban a Lovaina los sábados por la tarde. Como María Duque, por ejemplo, a quien por hacer eso alguien bautizó "El Alma Méter". Ante su catre grande de cedro negro hicieron cola y perdieron la inocencia varias generaciones de estudiantes. Ella misma cuenta que incluyó a cinco de ellos les ayudó a costear sus estudios.

Lovaina era de clase. Sus mejores casas eran el desagüe de concupiscencia de la gente más plátida y por eso allí se cobraba caro, hasta tres o cuatro veces lo que valía el

amor que se ofrecía en los zaguanes y canchinas de Guayaquil, que en ese entonces era el mercado popular y el centro comercial más importante de Medellín, hervidero de mercachifles, artesanos, coleros, rebuscadores y gente de monte que venía a vender y comprar a la ciudad.

En esa Lovaina de los años cuarenta no era raro ver estampas sagradas en las paredes de los burdeles y ver echar a la calle borrachos blasfemos. Era costumbre sana que antes del acto los hombres sometieran sus atributos a un minucioso examen y a un baño tibio de agua con alcohol y permanganato de potasio. También era costumbre, como detalle de asepsia pública, dejar el dinero debajo de la almohada; así como implicaba una total falta de respeto exigirle a la mujer extravagancias en la cama. Nada podía hacerse por fuera de los conductos regulares.

El mapa de Lovaina

Lovaina, como zona de tolerancia, empezó siendo un reguero de ranchos humildes a lo largo de la carrera Bolívar, El Bosque, el famoso Fundungo, La Bayadera y los alrededores del cementerio de San Pedro, donde reposaban los huesos ilustres de Jorge Isaacs, varios ex presidentes y las familias más adineradas del Medellín de antaño. Allí Lovaina se fue concentrando y configurando al mismo ritmo que crecía la ciudad, irónicamente en los linderos de Prado, que ya para entonces era el barrio más exclusivo y próspero de la ciudad. De tal suerte que hacia los años cincuenta Lovaina ya estaba madura, ya era lo que iba a ser hasta su muerte.

Lovaina, propiamente, es el nombre de la calle 71, que derivó su nombre a todo un sector de veinte manzanas comprendido entre las carreras Popayán y Palacé, con las calles Luna, Italia, Restrepo Isaza, Barranquilla, Balboa, Santa Marta, El Bosque y la calle Lovaina. Siempre gozó de una posición estratégica en el mapa urbano. Fue estación de la antigua carretera a Bello y del Tranvía de Oriente; fue sede del cenadero de Yenedo, donde llegaban los caballeros del Club Unión en compañía de sus esposas a disfrutar las sabaletas y las cenas más exquisitas de la comarca. Y Lovaina también sirvió de escenario a las estrellas del espectáculo que por esos años visitaron a Medellín, como Pedro Vargas, Los Panchos, la recitadora Berta Singerman, entre muchos otros.

Pero ante todo, Lovaina fue desembocadura de la fauna nocturna: zona franca de políticos, burócratas, periodistas, músicos, poetas, estudiantes y profesores; punto de encuentro y formación de los jóvenes promesas de la cultura y el arte, como Fernando Botero, por ejemplo, quien en un famoso cuadro immortalizaría la casa de María Duque, donde perdió su inocencia y, según dice, fue feliz. Allí botó sus primeros plinitos Manuel Mejía Vallejo, quien de jugar en una de esas casas cierta vez quedó en calzoncillos jugando a la botella y al quile de prendas. Por sus calles bohemias Lovaina vio también desfilar al entonces pichón de médico Jorge Franco Vélez y al aprendiz de abogado Carlos Jiménez Gómez. Y vio pasar con sus afanes y papeles a Belisario Betancur Cuartas, hoy Presidente de la República pero en aquel entonces apenas novel e inquieto periodista del diario *La Gaceta*. Las frecuentes visitas del joven Belisario a la casa

de Esperanza Restrepo y su valentía para batirse a puño limpio con cualquier rival, por fuerte y grande que fuera, son hoy revividas con nostalgia por sus amigos de esas calendas.

Lovaina a puerta cerrada

El 22 de septiembre de 1951 el alcalde de Medellín, Luis Peláez, en uso de sus atribuciones legales y considerando que la moralidad pública estaba amenazada por la proliferación anormal de antros de lenocinio y metederos de mala muerte, reunió a los periodistas para anunciar la entrada en vigencia el Decreto 517, por medio del cual se declaraba la calle principal del Barrio Antioquia como única zona de tolerancia de Medellín. El decreto también fijaba un plazo de 45 días para el traslado de las cantinas ubicadas en zona distinta a la demarcada, y establecía arresto incommutable de cinco días para quien violara tales disposiciones, y de diez días en caso de reincidencia.

Y el decreto se puso en ejecución. Las cantinas de Las Palmas, Las Camelias, La Bayadera, Nuevo Mundo, Lovaina y demás sitios demarcados como zonas de perdición por el lápiz moralizador del alcalde Peláez, arrancaron con sus putas y sus bárrulos de placer rumbo al Barrio Antioquia, un apacible y modesto conjunto residencial de obreros, artesanos y colegiales que de la noche a la mañana vio cómo un decreto oficial le torcía su destino para siempre; cómo se convertía en el epicentro absoluto y exclusivo de la prostitución de toda la ciudad, y en víctima impotente de la degradación que tal actividad

trae consigo. Tras los visillos y las ventanas sus habitantes se tuvieron que tragar de un solo bocado esa procesión de putas y fulleros que, amparada por el alcalde, comenzó a inundar las calles del barrio. Y tras ella también llegaron los comerciantes de la vida nocturna, que en un santiamén tachonaron de toldos y fritangas la calle principal.

La resistencia no se hizo esperar. Como primera medida, los dignatarios del cuadro de honor del Centro Cívico del Barrio Antioquia, encabezados por el padre Abel Díaz, comparecieron ante el arzobispo Joaquín García Benítez para sentar su enérgica protesta. Pusieron al tanto al prelado de los altos decibeles de las victrolas, del calibre de los improperios y los recurrentes desahucios y escándalos protagonizados por esas mujeres, quienes, dicho sea de paso, tampoco es que hubiesen acatado con agrado el decreto del alcalde, pues para ellas el traslado también representaba una alteración de sus vidas y su mundo. Pero, sobre todo, los dignatarios del cuadro de honor se mostraron especialmente preocupados por la suerte de las señoritas de bien del barrio, quienes al regreso del colegio y a cualquier hora del día eran asaltadas por piropos de una indecencia inédita en aquel vecindario.

El siguiente paso fue despachar cartas de protesta a todos los poderes civiles de la ciudad. Los dignatarios también visitaron los periódicos para exponer su queja e informar que de los 1.400 jefes de familia encuestados en el barrio, sólo quince estaban de acuerdo con el decreto, y eso por intereses creados. Y así el asunto se volvió escándalo de primera plana durante una semana en *El Colombiano*. Aquella semana las señoras del barrio realiza-

ron varias manifestaciones, una de las cuales fue frenada por la policía cuando se dirigía al centro de la ciudad. La respuesta al día siguiente estuvo a cargo de más de 200 niños, quienes, después de asistir a la función vespertina del carnaval en el hielo en la plaza La Macarena, entraron al barrio en formación perfecta cantando himnos y lanzando viñas a Cristo Rey y a la Virgen, al tiempo que desde los balcones de las casas recibían la solidaridad de cientos de pañuelos blancos.

Pero, con todo, el decreto no se revocó. Tampoco fue necesario: se derrumbó por su propio peso. Y en ello fue clave el que deliberadamente los vecinos se negaran a vender sus propiedades a los comerciantes del placer que llegaron comprando casas para montar negocios, al precio que fuera. Algunos vecinos no soportaron la cantillera procaz de los borrachos y el desfile de putas, y optaron por vender e irse del barrio. Pero fueron más los que se quedaron, a pesar de la presión sistemática de los interesados por hacerlos aburrir. Tanto así que no tuvieron más remedio que parar día y noche a un policía frente a la casa del párroco Abel Díaz, a quien iban dirigidas las más enconadas groserías de francocontradores a sueldo; así como tuvieron que montarle guardia a la imagen de la Virgen, víctima también de la caterva.

Entre tanto, en Lovaina el decreto tampoco tuvo el efecto esperado. Pocas semanas bastaron para comprobar su rotundo fracaso. El alcalde Peláez olvidó que no hay barranco que ataje los vicios humanos, y más cuando éstos ya tienen su dinámica propia, como ocurría en Lovaina. No cayó en la cuenta de que se necesitaba mucho más que un decreto oficial para acabar con un

montaje de pecado que ya llevaba casi veinte años de existencia. De Lovaina sólo emigraron las puticas noche-ritas y las rebuscadoras ambulantes, mientras las matronas y sus damas de planta siguieron recibiendo a los hombres a puerta cerrada, con el escándalo hacia adentro. Total: ni Lovaina se acabó, ni el Barrio Antioquia volvió a ser el mismo. Le fue inoculado para siempre el virus de la putanguería y la mala fama.

Los alcaldes que siguieron fueron más tolerantes, o menos ingenuos que Luis Peláez, y no volvieron a meter la mano en tan espinoso asunto. Y así Lovaina ya no tuvo que ocultar su cara y se reabrió con todos sus tules y lentejuelas; pero tampoco volvería a ser el mismo barrio de antes. Los nuevos tiempos venían marcados por la violencia política, la masiva migración del campo, la proletarianización de la ciudad y la irrupción de un hombre urbano menos aferrado a las tradiciones y más abierto a las ofertas de la modernidad.

El bikini y la "teta volada"

A los cambios de los años sesenta Lovaina respondió con el destape. Se acabó la época de la ilustración y el refinamiento de las matronas, y se abrió paso la competencia por el cliente mediante una publicidad más sugestiva y agresiva. Aparecieron entonces los perfoneadores que en la puerta de las casas anunciaban sus especialidades: bikini en unas y teta volada en otras.

La misma naturaleza de Lovaina se transformó, pues las mujeres ya tuvieron que empezar a disputarse la plaza con los travestis, quienes con el paso de los años irían a

saturnarlo todo y a darle a Lovaina el golpe de gracia. El amor caro se conseguía en la carrera Popayán, mientras en Palacé y Barranquilla la tarifa era más barata y por lo mismo el tropel más escabroso.

En la memoria de los lovineros de esta época quedan los favores de Cielo Conde, La Bey, Lucía *La Morena*, Dioselina Sánchez y La Pintuco, en cuya casa se le enseñaba al cliente un completo álbum con las fotografías de 80 mujeres, viudas, casadas y solteras, con la garantía de que le ponían en los brazos la que escogiera, cualquiera fuera el barrio donde la mujer viviera. También anidan en el recuerdo los billares del bar Río de Janeiro, que ahora es un engrasadero de carros; el salón Bonaparte, El Venúdero, El As de Copas, el restaurante de Vitalina, El Estoril, La Casa de los Velos Azules, con sus mujeres cubiertas de velos transparentes y sin nada debajo.

Y cómo no mencionar la casa de La Tremenda, famosa por los babilónicos reinados de travestis que celebraba cada año por diciembre. Por lo menos veinte travestis empacados en los trajes más extravagantes desfiliaban ante una clientela escogida para el evento; y en la noche, cuando ya las candidatas estaban borrachas, todo el cortejo se dirigía hacia El Castropol, donde a las tres de la mañana se efectuaba la más insólita ceremonia de coronación de que se tenga noticia en el mundo.

El cáncer de la decrepitud

Son las once de la mañana del primero de agosto de 1986. Caminando por las calles de Lovaina veo de pronto una mujer. Es evidente que durmió con la ropa puesta y

que se acaba de levantar. Aún no se ha bañado, pues restos de rimel le chorrean por los lagrimales y le resbalan por las mejillas sin color. El rojo de su mirada es, sin duda, la huella indeleble del vicio que metió la noche anterior. Sólo la miro tres segundos, y ella lo entiende como un llamado. Se acerca y sin preámbulos me pide \$20. Dice que le hacen falta para comprar un bazuco, el primero del día: "El desayuno, papi", explica.

Ya son las dos de la tarde, y a lo largo de varias cuadras veo a muchos hombres con mangueras, baldes y dulcetrinos lavando hileras de taxis. Son cuadras donde viven, en revoltura, familias de todos los pelambres. Hay desde hogares que podrían llamar decentes, de donde se ven salir jovencitas en uniforme de colegio, hasta casas de inquilinatos, donde se hacinan hasta cinco familias y florece a puerta cerrada el comercio y consumo de vicio; pasando por guaridas de travestis y putas apagadas, que, como murciélagos, velan de noche y duermen de día.

Ahora el reloj se acerca a las seis de la tarde. Camino por los vericuetos de Palacé, penetro por entre casas de paredes desconchadas donde nadie ha puesto una mano de pintura en muchos años. Cruzo el largo y tenebroso callejón que llaman "Revienta", y más allá me aventuro por las calles Italia y Venezuela. A cada paso siento a lado y lado el filo de las miradas; miradas de hombres que muy probablemente guardan bajo la manga la hoja de un cuchillo; miradas de *jibaros* que esperan a sus clientes con la espalda apoyada en la pared. También se ven muchas mujeres a esa hora. Una está sentada en un taburete con aire ausente, de seguro esperando que pasen los días y los meses para parir el hijo que lleva en sus entrañas, un hijo

de un padre que tal vez no venga o tal vez ya no esté vivo. Me detengo en la mirada triste de un travesti sin maquillaje y sin encanto que cuenta los minutos que faltan para lanzarse de cuerpo entero al reino de la noche.

El Lovaina que veo con las últimas luces del día es un barrio viejo y desmoronado, sin ninguna posibilidad de sobrevivir a la dinámica del desarrollo urbano. El futuro tren metropolitano, que muy cerca de allí tendrá una estación, le expedirá dentro de algunos años su definitiva partida de defunción. Entonces el olor de antro de sus ruinas dejará de estorbar en el recuerdo de tantos que allí botaron su inocencia, de tantos que allí obtuvieron con munificencia la felicidad horizontal de la cama y el contento de muchas noches de bohemia. Quedará entonces limpia y transparente la nostalgia, de la cual nadie está libre, porque, como ya alguien lo dijo, quien niegue a Lovaina es capaz de negar a la mamá.

Sin embargo, la noche todavía trae sus voces y con ella revive, aunque moribundo, el animal de pecado que desde siempre ha latido en las entrañas de Lovaina. Abren las puertas las pocas casas donde todavía quedan mujeres. La de Balboa, donde bajo una luz roja veinte muchachas ofrecen sus encantos apenas cubiertos por bikinis, las unas gordas las otras flacas y todas llenas de aburrimiento.

Cerca de allí está la casa de La Nena, pequeño emporio del sexo que entre su menú ofrece algunos "servicios opcionales" para clientes exigentes. Esta casa es la que mejor recuerda a esa Lovaina que empezó a llevarse el carajo hacia 1975, cuando de allí se fueron las últimas matronas, empezó la invasión masiva de travestis, el bazu-

co hizo su devastador ingreso en tubitos de analgésico, la gonorra adquirió patente de corso y la prostitución inició su vertiginoso avance hacia el centro de la ciudad, hasta alcanzar el nivel de saturación que hoy se ve por todas partes.

Por la noche abre también sus puertas La Cueva del Oso, que en su pedestal ya no exhibe aquel famoso y gigantesco oso de peluche que cambiaba de traje cada semana; el mismo que más de una vez la policía pilló cargado de bazuco. Abre el gordo Fabio y tres negocios más, donde en cuchitriles malolientes y entre sábanas impregnadas de polvos echados de afán, todavía hay mujeres que esperan a sus clientes.

Las demás son casas habitadas por travestis, esclavos y amos de la noche, cuyas mañas son un tanto riesgosas para quien desconozca su *modus operandi*. Parados en la calle con sus misteriosas tangas y senos artificiales expuestos al sereno, se dan a la cacería de los clientes que pasan en carros particulares. Algunos clientes los alzan y se los llevan para alguna residencia, y otros prefieren consumir rápidamente el acto dentro del mismo carro.

Los travestis suelen ser agresivos y guapos. Sus asuntos los llevan hasta las últimas consecuencias y no les tiembla la mano para rayarle la cara a cualquiera con la cuchilla de afeitar que guardan, vaya a saber cómo, debajo de la lengua. Para no dejarse llevar en las patrullas durante las batidas son capaces de cortarse las venas de las muñecas, o de tirarle a los mismos policías. Varios de ellos ya han logrado criar su propia fama: La Manchú, La Kolcana, La Tongolele, La Corda, que fue cocida a puñaladas en el centro, y La Juana, quien alguna vez fuera dueña de

negocios, casas y caballos, y hoy está en la miseria porque se sopló en bazuco toda su fortuna.

La poética del atraco

Hubo una época, por allá por los años cincuenta y sesenta, en que en Lovaina los problemas y rencores personales se daban a cuchillo en combates callejeros, y los hampones más asutos y guapos de la ciudad buscaron allí su refugio y su centro de operaciones. Algunos sembraron leyenda, como Toño Medina, Toñilas, a quien le cabe la dudosa gloria de haber sido el pionero de los atracos bancarios en Colombia, y a la vez el hampon más amado por las mujeres. Por él suspiraban de amor cuando su foto salía en los periódicos acompañando la crónica de una nueva hazaña. Era tan buen mozo Toñilas, que un domingo se fugó por la puerta principal de la cárcel La Ladera disfrazado de mujer. Ya no vive, fue asesinado por la espalda en algún lugar de la costa atlántica.

Pero el más inspirado fue Johnny, un verdadero poeta del atraco, especialista en robo de joyerías y en derrochar todo lo que se robaba. Fue un malevo sin tacha, todo un caballero y el mejor de los amigos, dicen de él quienes lo conocieron y lo gotearon en los metederos de Lovaina. Para sus atracos no apelaba a la fuerza ni al crimen, sino a la imaginación y al arte del teatro. Uno de sus robos más famosos lo hizo a una joyería del primer piso del edificio Avianca, en Bogotá. El asunto fue más o menos así:

Una mañana llegó a la joyería una mujer muy bella, elegante y distinguida. Solicitó que le mostraran las joyas más costosas porque viajaba al exterior y necesitaba lle-

varse un buen regalo. El mismo administrador le mostró una por una las joyas, hasta cuando tuvo en sus manos la más cara, la que buscaba: una pulsera de diamantes que ella, a la vista del administrador, se metió entre los senos al tiempo que del abrigo sacó una pulsera igual pero falsa. El hombre, iracundo y asombrado, le ordenó de inmediato a una empleada que registrara a la mujer. Pero ésta, alegando inocencia y esgrimiendo dignidad de dama, no se dejó registrar por la empleada. Si era necesario hacerlo, exigió que fuera en una comisaría. El administrador, que era el menos interesado en propagar un escándalo en su establecimiento, se dirigió al teléfono para llamar a la policía, pero se encontró con que no funcionaba. Entonces salió a la calle a buscar una patrulla y la encontró a la vuelta de la esquina. Era Johnny disfrazado de teniente, en compañía de dos falsos agentes. Los tres acudieron diligentes a la joyería, denunciaron la mujer y se la llevaron. Se hicieron acompañar por el administrador para que formulara la denuncia. Cuando pasaron los puentes de la 26, Johnny, revólver en mano, ordenó al administrador bajarse de la patrulla.

Entre todas las putas, yo

Pocos días después de la muerte de su esposo, María Duque Villagas partió desde su vereda en Yarumal a probar suerte en Medellín. Hasta entonces había sido una esposa ejemplar y madre de dos hijas. Llegó a la pensión Patria, en Guayaquil, donde, esperó un empleo que nunca llegó. Acosada por la necesidad le aceptó plata a un hombre, luego a otro y así poco a poco le fue tomando gusto al dinero

y se fue adentrando en el oficio que jamás le daría una sola brizna de reticordimiento y sí muchas satisfacciones: el oficio de la "mededuría", como ella le dice.

A los dos meses regresó a Yarumal por sus dos hijas, y a los seis ya era una de las mejor consideradas en la casa de Lola La Polla, una de las más prestigiosas de Lovaina. Fue allí donde conoció al joven que la inmortalizaría con su pincel, Fernando Botero, a quien le arrebató su virginidad y con quien tendría un romance tierno que incluiría cartas de amor y paseos dominigueros por El Bosque en compañía de sus dos hijas, que ya para entonces tenía bien cuidadas y tenidas en una residencia cerca a Prado, lejos de la putería.

Hoy María Duque es un símbolo viviente de la vieja Lovaina. Fue uno de los vientres que más tiró en la época de oro del barrio. Como matrona de casa que fue durante muchos años, resistió los embates de los tiempos difíciles de la transformación y se retiró con dignidad, pero en la pobreza absoluta.

Allí sigue, envejecida y cada vez más pobre, fumando su eterno Pielroja en la puerta de su refugio, al lado del Jardín Botánico. Es un cuchitril con paredes pintadas de azul, donde apenas cabe una cama grande, una nevera semivacia y un armario, y donde convive con sus recuerdos, dos palomas negras que duermen en el techo del armario, y con las putas ambulantes que dos o tres veces al día llegan con clientes pescados en la calle a alquilar su cama por \$200 la hora. De eso vive María Duque. A las dos hijas de su matrimonio y a la que después le nació en Lovaina, las tiene bien casadas e instaladas en sus respetables y respectivos hogares.

De María Duque se puede decir, con justicia, que ennobleció el oficio. Hoy, a sus 65 años, afirma sin temblor en la voz:

—Ni un solo instante me ha pesado haber pasado casi toda mi vida en la meteduría, y vea como estoy de pobre y vieja. Y aunque no me lo crea, todavía méto:

De esa meteduría de la que tanto se ufana pone por testigo a su cama grande de cedro negro, que conserva casi intacta. "Es una cama incansable", dice. No sólo resistió el ajeteo y los sudores de varias generaciones de varones nacionales y extranjeros, sino que todavía le sigue prestando servicios a la causa. Dice que en ella los hombres siempre encontraron a una mujer dispuesta a todo, y que jamás tomó la píldora para no perder la arechera.

—Yo no fui de las que en la cama me ponía a ver para el techo —dice—. Yo sí metí de verdad.

Cuando se emborracha, y lo hace cada vez que puede, a María Duque se le alborotan los recuerdos. Entonces sale a bailar un vals imaginario y evoca a los universitarios asustados que hicieron cola ante su cama. También recuerda a sus amigos ricos, porque nunca, ni aún ahora, le gustaron los pobres. Ahora toda la plata que le sacó a los hombres que la amaron y los que ella amó; recuerda sus mejillas rosadas de natural que nunca necesitaron maquillaje, y de pronto saca del arsenal de su alma una ínfula postera y grita a boca llena: ¡Entre todas las putas, yo!